



Hernán Cortés en el ataque del adoratorio.

LOS CINCO SIGLOS MAL DIGERIDOS DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

En medio de un tumulto de profecías que advertían a Moctezuma II de la llegada de «hombres blancos y barbudos procedentes de Oriente»¹ con la intención de conquistar Tenochtitlán, arribó Hernán Cortés junto a medio millar de hombres en la península del Yucatán hacia febrero de 1519. Quinientos años después, en medio de una multitud de polémicas, peticiones anacrónicas de disculpas y cues-

tiones identitarias no resueltas, surgió la voz de todo un ministro de Cultura, José Guirao, para vaticinar a principios de 2019 que la conmemoración de la Conquista de México a ambos lados del charco iba a ser una quimera. «Es que allí ese tema es complicado»², advirtió.

Cuando se apuran los últimos días de la efeméride (el episodio en sí se prolongó entre 1519 y 1521), hay que reconocer que las

palabras de Guirao han alcanzado el grado de profecía autocumplida no solamente en México, sino también en España. Los actos para conmemorar, o simplemente recordar, los cinco siglos del desembarco de Cortés en el Golfo de México y la campaña que terminó tres años después con el asedio y caída de Tenochtitlán han sido escasos, reducidos a una esfera muy académica y, en el caso mexicano, a una oportunidad del

presidente Andrés Manuel López Obrador para alimentar el odio contra una figura histórica fundamental para comprender hoy la realidad del país.

Hernán Cortés (Medellín) fue muchas cosas a lo largo de sus 62 años: empresario, navegante, descubridor, diplomático, político, escribano y también conquistador, aunque ha pasado a historia por los pocos años en los que vivió empuñando acero en



Hernán Cortés, S.XVI.

sus manos. Cuando el gobernador de la isla de Cuba, Diego Velázquez, eligió a este joven hidalgo con mucha labia y cierta formación cultural³ y legal para encabezar una nueva expedición hacia el continente en 1518 era casi un novato en cuestiones militares. El propio Velázquez debió albergar dudas de sus posibilidades de éxito y, a última hora, quiso sustituir al hombre de Medellín, pero Cortés, desconfiado, zarpó con antelación.

Las instrucciones del gobernador de Cuba eran explorar la costa, buscar el rastro de una expedición anterior y obtener «algún rescate»⁴ voluntario de oro. No obstante, Cortés completó su desafío a Velázquez vinculándose directamente con la voluntad de Carlos I y asumiendo el papel de poblador castellano. Así alentó la fundación el 10 de junio del cabildo de la Villa Rica de la Veracruz siguiendo una de las estructuras habituales durante la Reconquista.

El de Medellín renunció a su cargo de capitán general de la expedición de Velázquez y resultó electo para el mismo cargo, pero por las autoridades comunales del nuevo cabildo. En su nombre, escribió la primera Carta de relación al Rey justificando su ruptura respecto al gobernador de Cuba, al que tachó de ladrón y tirano. Desde Cuba no tardarían en organizar una expedición para arrestar a este grupo de rebeldes. Cortés decidió huir, pero hacia adelante.

En su marcha sin mirar atrás (nada ilustra mejor esta determinación que la falsa leyenda de que quemó sus naves para evitar que sus hombres se sintieran tentados a dar la vuelta), Cortés se valió de un inesperado genio militar, de una forma de hacer la guerra implacable y de un desarrollado sentido de la persuasión para ir sumando aliados indios, todos ellos hostiles al poder de la Triple Alianza, que era la coalición de ciudades-estado que dominaba la región con puño de obsidiana. Para lograr una alianza con los totonacos y los tlaxcaltecas fue fundamental encontrar antes a dos intérpretes: un español, Jerónimo de Aguilar, que había vivido varios años con los mayas, y una mujer india, Malintzin (doña Marina después de su bautismo), que entendía tanto maya como nahua.

EL ENCUENTRO ENTRE DOS MUNDOS

Tras ganarse, con una mezcla de acero y alta diplomacia, la lealtad de varios pueblos locales, los españoles iniciaron el 8 de noviembre de 1519 su viaje definitivo hacia el corazón de la Triple Alianza, Tenochtitlán, que ellos pronunciaban como podían: Tenustitan, Tenestecan, Temixtitan... El monarca de esta ciudad, Moctezuma II, envió emisarios al encuentro de los españoles ofreciéndoles regalos a cambio de que cambiaran su rumbo. No en vano, la calidad de los obsequios en vez de disuadirlos de sus planes les animó a continuar hacia la capital mexicana, una enorme urbe enclavada en el lago Texcoco y vertebrada por cincuenta edificios de gran altura y miles de casas, jardines flotantes, innumerables puentes y tres amplias avenidas⁵. Un solo barrio de esta ciudad se hubiera bastado en número para aniquilar a todas las fuerzas españolas.

A simple vista, podría pensarse que Cortés se creía un moderno Leónidas y que tenía planeado, como el historiador mexicano Carlos Pereyra describió sobre el aspecto de la expedición, «in-

molarse voluntariamente al espantoso Huichilobos» (una de las principales deidades de los mexicas)⁶. Pero las apariencias suelen engañar. El extremeño no estaba improvisando: conocía muy bien sus ventajas y fue tomando nota de las debilidades de su gigantesco enemigo. Los mexicas mantenían un sistema de dominio a través del pago de tributos sobre numerosos pueblos, especialmente en el centro de México, la región de Guerrero y la costa del golfo, así como algunas zonas de Oaxaca, y se valían de los sacrificios humanos masivos como mecanismo religioso y de terror. Cada año entre 20.000 y 30.000 personas⁷, capturadas entre las tribus dominadas, eran inmoladas en estas ceremonias. El odio acumulado contra este imperio sangriento durante años fue el mejor combustible para los planes del capitán extremeño.

El 8 de noviembre de 1519, Cortés y sus aliados tlaxcaltecas entraron en Tenochtitlán. La impresión causada por este grupo de barbudos, envueltos en acero, que montaban esbeltos caballos y asían robustos perros alanos, debió ser parecida a si hoy un grupo de extraterrestres aterrizara en la Quinta Avenida de Nueva York. «Era cosa de maravillarse porque jamás habían visto caballos ni hombres como nosotros. Vimos cosas tan admirables, no sabíamos qué nos decir», relató el cronista Bernal Díaz del Castillo⁸ sobre el paso de una mezcla de mujeres, indios, mulatos, mestizos y españoles de distintos rincones. El primer encuentro entre Moctezuma II y Cortés fue amistoso, a pesar de que sucesos como la Matanza de Cholula, donde los españoles habían atacado de forma preventiva a un pueblo de fieles tributarios de los mexicas, hacía prever un choque armado más pronto que tarde. Sea como fuere, el escritor mexicano Octavio Paz acertó al afirmar⁹ que en el momento en el que Moctezuma abrió las puertas de su ciudad tenía perdida la partida.

El tlatoani ordenó alojar a los españoles en el palacio de Axayácatl, donde descubrieron supuestamente por accidente, una cámara



Estatua de Hernán Cortés.

repleta de tesoros y planearon la forma de hacerse con nuevas riquezas. El 14 de noviembre Cortés arrestó al tlatoani usando como pretexto un ataque contra españoles y sus aliados en la costa. Un pueblo totonaca en Nautla se había negado a pagar su tributo a la Triple Alianza bajo el argumento de que no eran ya vasallos de los mexicas, sino de Castilla, de modo que pidieron ayuda a la guarnición castellana estacionada en el puerto de Veracruz. La es-

caramuza entre mexicas y españoles culminó con la muerte de siete de estos últimos, entre ellos el capitán Juan de Escalante. Cortés no solo mantuvo cautivo a su anfitrión a partir de entonces, sino que quemó en una hoguera pública al cacique que había sido, a sus ojos, el causante de la muerte de los soldados españoles. Para el fuego, los españoles emplearon quinientas carretadas de armas que hallaron en los arsenales mexicas, lo que redujo nota-

blemente su capacidad ofensiva.

A pesar de lo atrevido de la maniobra, Cortés trató a Moctezuma con gran deferencia y, según los cronistas¹⁰, se entretenía con él en juegos locales y conversando muchas mañanas. Moctezuma pidió permiso un día para ir a orar al teocali, y Cortés se lo autorizó bajo la condición de que no intentase huir ni hiciera sacrificios humanos. En diciembre de 1519, a instancias del español el líder mexica reunió a todos los



Moctezuma despachando con Cortés, Historia de la conquista de Méjico 1851.

grandes señores y caciques para abdicar de su imperio y prestar vasallaje a Carlos I.

Si bien cierta tradición ha presentado al dirigente mexica como alguien débil, que claudicó muy rápido ante el encantador de serpientes que era Hernán Cortés, lo cierto es que Moctezuma II era considerado un gran monarca debido a su reforma de la administración central y del sistema tributario. El cronista Fray Francisco de Aguilar¹¹ lo describe como «astuto, sagaz y prudente, sabio, experto, áspero en el hablar, muy determinado». Fue, simplemente, alguien superado por los acontecimientos de su tiempo. La propagación de ciertas enfermedades epidémicas desconocidas hasta entonces en el continente americano, como la viruela, el sarampión, las fiebres tifoideas, el tífus y la gripe¹², causó una mortandad de tintes apocalípticos y facilitó

el avance de los españoles por un imperio que se desmoronaba con sus pisadas. Con razón se ha dicho que a la cabeza de las tropas españolas no iba Cortés, sino el «general viruela».

Cuando los españoles ya planeaban su salida de la ciudad, llegó la noticia de que el gobernador Diego Velázquez, desconociendo que el Rey había dado su beneplácito personal a la empresa, confiscó en la isla de Cuba los bienes de Cortés y organizó un ejército que constaba de 19 embarcaciones, 1.400 hombres, 80 caballos¹³, y veinte piezas de artillería con la misión de capturar a Cortés. El de Medellín se vio obligado a salir de la ciudad, junto a 80 hombres, para enfrentarse al grupo enviado por Velázquez.

Cortés se impuso en un ataque sorpresa a sus compatriotas, dirigidos por Pánfilo de Narváez, que también le superaban en

número, y regresó con algunos refuerzos a Tenochtitlán, donde encontró una ciudad sublevada contra los españoles. Ante los rumores de conspiración, los lugartenientes de Cortés, encabezados por Pedro de Alvarado, ordenaron la muerte de algunos notables que les parecieron sospechosos durante una de las festividades religiosas. Previendo una supuesta emboscada contra los españoles, Alvarado ordenó cerrar todas las salidas del Templo Mayor y caer sobre la multitud en uno de los episodios más oscuros de la conquista de México: «Dieron un tajo al que estaba tañendo el tambor, le cortaron ambos brazos y luego lo decapitaron, lejos fue a caer su cabeza cercenada, otros comenzaron a matar con lanzas y espadas; corría la sangre como el agua cuando llueve, y todo el patio estaba sembrado de cabezas, brazos, tripas y cuerpos

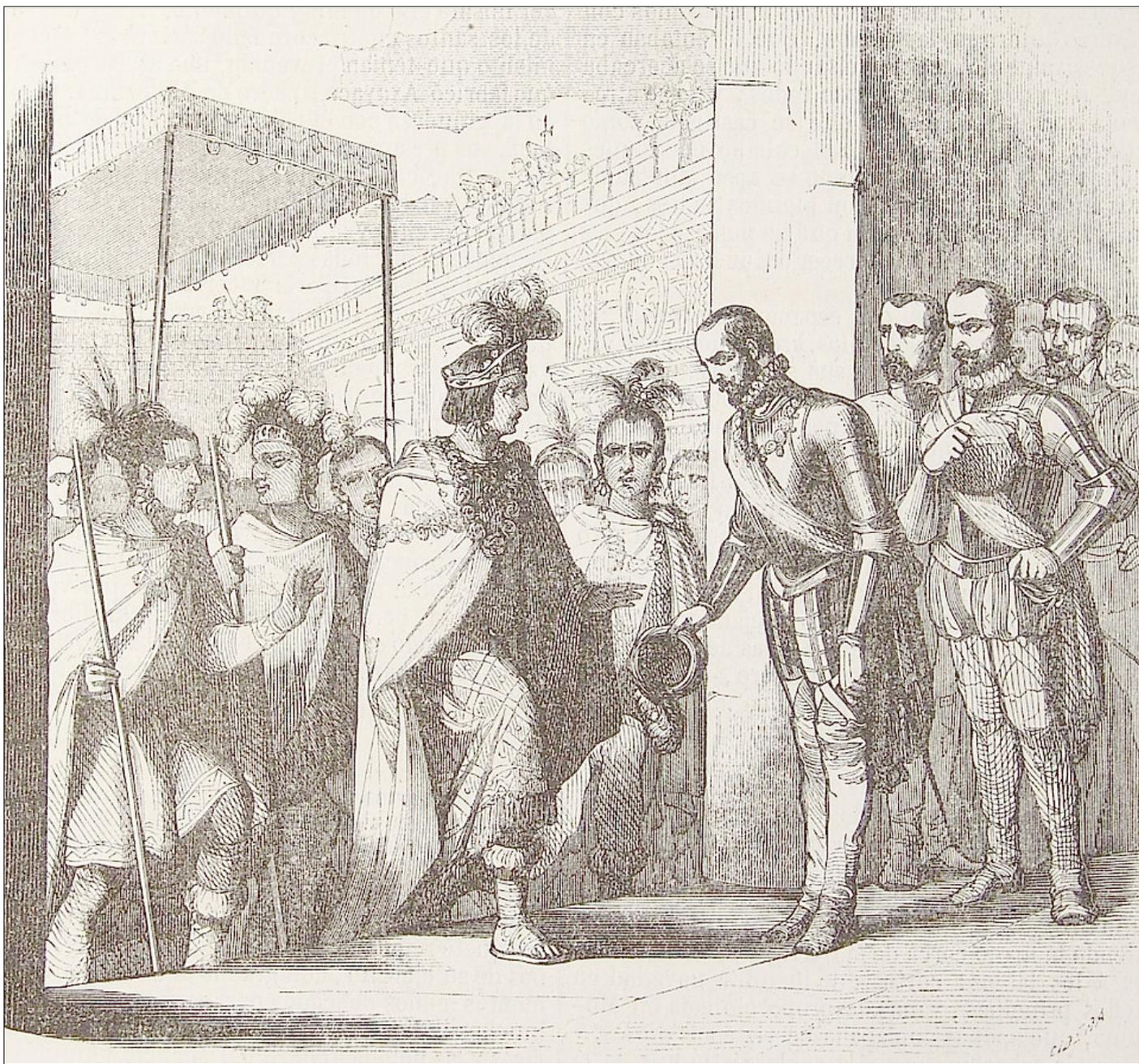
de hombres muertos», narra Fray Bernardino de Sahagún¹⁴.

LA NOCHE TRISTE: LA MAYOR DERROTA DE LA CONQUISTA

Con el pueblo al borde de levantarse contra los españoles, Cortés se unió con sus tropas a la guarnición que se atrincheraba en el palacio de Axayácatl. Díaz del Castillo relata que Moctezuma subió a uno de los muros del palacio¹⁵ para hablar con su gente y tranquilizarlos a petición de los españoles; sin embargo, la multitud comenzó a arrojar piedras, una de las cuales hirió al mexica de gravedad durante su discurso. El tlatoani falleció tres días después a causa de la herida, dejando a los españoles sin su única salvaguardia.

Sitiados en la urbe, sin comida ni agua ni pólvora, los españoles planearon su salida nocturna, porque «víamos nuestras muertes a los ojos», en palabras de Díaz del Castillo¹⁶. En la llamada Noche Triste, a medianoche del 1 de julio de 1520, Cortés y sus hombres marcharon en silencio, cuidando los relinchos de sus caballos, por la estrecha calzada de Tacuba. Los mexicas habían destruido todos los puentes, de modo que solo se podía huir «por el agua o volando», según ironizó Gonzalo Fernández de Oviedo¹⁷. El tesoro que los españoles habían acumulado en su aventura iba en medio de la formación, custodiado por el propio Cortés, que reconocería más tarde que el cargar con tanto oro fue una de las causas de la alta mortalidad en la fuga. Un puente portátil levantado sobre el lago Texcoco debía servir para salvar las cortaduras en la calzada, pero a causa de la lluvia y del peso de la gente quedó pronto encajado, provocando un atasco de caballos, cuerpos humanos y carros.

La noche lluviosa y oscura se tiñó de sangre cuando las canoas cargadas de miles de feroces guerreros brotaron, como si fueran hormigas saliendo del agujero, contra el convoy a la llamada de



Moctezuma visita a Cortés en su alojamiento, Historia de la conquista de Méjico 1851.

los tambores. Únicamente una pequeña parte del oro pudo salir de la ciudad. La mezcla de unidades que formaban la marcha aumentó el caos y dejó a la infantería demasiado retrasada. Los que volvieron sobre sus pasos al palacio perecieron, y los que se quedaron en medio también. 600 españoles y cerca de 900 tlaxcaltecas fallecieron¹⁸ o bien fueron apresados. Gran parte de los caballos se quedaron por el camino, todos los cañones se perdieron y los arcabuces quedaron arruinados con la pólvora mojada. El propio Cortés cayó al agua y fue rodeado por guerreros enemigos, si bien la llegada de Antonio de Quiñones y de Cristóbal de Olea

impidió que el capitán fuera llevado al sacrificio. Una vez alcanzada la otra orilla tuvieron, igualmente, que abrirse paso a cuchilladas y estocadas.

Frente a la mayor derrota española en toda la conquista de América, el cronista Díaz del Castillo afirma que a Cortés «se le soltaron las lágrimas de los ojos al ver como venían»¹⁹ sus tropas. Francisco López de Gómara, por su parte, escribió en su «Historia de la conquista de México» que la tristeza lo alcanzó todo: «Cortés a esto se paró, y aun se sentó, y no a descansar, sino a hacer duelo sobre los muertos y que vivos quedaban, y pensar y decir el baque la fortuna

le daba con perder tantos amigos, tanto tesoro, tanto mando, tan grande ciudad y reino; y no solamente lloraba la desventura presente, más temía la venidera, por estar todos heridos, por no saber adónde ir, y por no tener cierta la guardia y amistad en Tlaxcala; y ¿quién no llorara viendo la muerte y estrago de aquellos que con tanto triunfo, pompa y regocijo entrado habían?»²⁰.

Durante días el ejército español vagó con la única esperanza de alcanzar cuanto antes territorio de Tlaxcala. La fortuna fue propicia para los españoles, puesto que los mexicas se entretuvieron festejando la victoria y conduciendo a los prisioneros hacia los altares.

Durante los homenajes por el ascenso del nuevo tlatoani, Cuitláhuac, serían sacrificados cientos de españoles y de tlaxcaltecas capturados en la Noche Triste.

El sábado 7 de julio de 1520, la huida ya no fue una opción. Un gran contingente de guerreros mexicas y sus aliados de Tlalnepantla, Cuautitlán, Tenayuca, Otumba y Cuautlalpan alcanzaron a los españoles en los llanos de Temalcatitlan. La cifra de mexicas congregados en la batalla de Otumba es todavía hoy un tema de controversia, siendo posible que hubiera reunidos más de 20.000 guerreros frente a unos 400 españoles y 3.000 aliados²¹. Era la última oportunidad de los



Plaza principal de México.

mexicas de cambiar el rumbo de la guerra y expulsar a los extranjeros de su zona de dominio. Contra todo pronóstico, Cortés también salió victorioso de esta apuesta a todo o nada.

Si hay que señalar cuáles fueron las principales causas del éxito de la empresa de Cortés, a su capacidad de aprovechar las divisiones entre los pueblos de la región y de explotar el carácter dubitativo de Moctezuma hay que añadir la gran impresión que causaron las armas y las tácticas europeas sobre los mexicas en lo que fue una premeditada política del terror. Los habitantes de la región mexicana no conocían el hierro y, además, sus armas estaban adaptadas a una forma de hacer la guerra que se mostró contraproducente en la lucha contra los europeos. Como en sus guerras tribales, los mexicas buscaron inmovilizar o herir²², sin matar, a los españoles con armas fabricadas con huesos o de madera tratada para, posteriormente, trasladarlos a sus ciudades, donde celebraban con los capturados sacrificios humanos en honor a los dioses o los esclavizaban.

La forma de hacer la guerra en Occidente —matar en vez de apresar— y sus avances tecnológicos —el hierro (en su máxima forma, el acero), la pólvora y el uso de caballos— suplieron la clara desventaja numérica de los espa-

ñoles y sus aliados. En Otumba, asimismo, fue clave la actuación de la caballería ligera dirigida por Cortés, que empleando tácticas desconocidas por los mexicas causaron la muerte del general enemigo, lo que se consideraba el fin del combate en Mesoamérica.

Según la narración del cronista Díaz del Castillo²³, tras invocar a Santiago los jinetes españoles se abrieron paso entre sus contrincantes y Cortés derribó a Matlatzincatzin, el líder militar indígena, y el capitán Salamanca lo mató con su lanza, apoderándose del tocado de plumas y el estandarte de guerra de los mexicas. El ejército mexica rompió filas al no tener un mando y comenzó la retirada.

EL PRINCIPIO DEL FINAL

El dicho «la conquista la hicieron los indios y la independencia los españoles»²⁴ adquirió especial sentido un año después con el asedio final de la capital, donde hubo casi tantos indígenas luchando junto a los españoles como al otro lado del sitio. Los setenta y tres días de cerco sobre Tenochtitlan, considerada una plaza inexpugnable, estuvieron marcados por los estragos de la viruela, por las características anfibas de esta Venecia americana y por el hecho de que los tradicionales aliados

mexicas, incluido Texcoco, no acudieron en socorro de la ciudad. Frente a los 300.000 defensores, los españoles contaban con artillería de campaña, dos centenares de arcabuceros, 650 soldados de distintas naciones, más de un centenar de caballeros y un multitudinario contingente de guerreros indígenas²⁵.

Imitando una vez más a los héroes de la Antigüedad, Cortés trasladó a través de las montañas una flota de trece bergantines (en realidad, eran fustas²⁶) y 3.000 canoas²⁷, que construyó con ayuda de sus aliados en solo seis meses. El objetivo del extremeño era ahogar, al estilo de combate europeo, la ciudad por tierra y por agua. Tampoco aquel era un tipo de lucha con el que estuvieran familiarizados en Mesoamérica. El hambre, la sed y las epidemias agotaron durante casi tres meses a la población, mientras la artillería y los combates navales iban aumentando el pánico dentro de la laberíntica ciudad. La ocupación total de la ciudad llegó el 13 de agosto de 1521, al ser apresado cuando intentaba escapar subido a una canoa el tlatoani Cuauhtémoc, que había sucedido a Cuitláhuac tras fallecer también por viruela. La urbe fue saqueada a conciencia por españoles e indígenas, aunque el botín a corto plazo resultó ínfimo.

El asalto a Tenochtitlán no

fue el final de la conquista militar del actual territorio de México. El sometimiento de los otros grandes señoríos se llevó a cabo a lo largo de 150 años (la conquista de la última ciudad maya independiente, Tayasal, ocurrió en 1697) con la ayuda imprescindible de los pueblos indígenas súbditos de la Monarquía católica. No obstante, la toma de la ciudad marcó un antes y un después. La noticia de la desaparición del mayor ejército indígena corrió como la pólvora por toda Mesoamérica. Muchos tlatoque y caciques locales acudieron a rendir pleitesía a ese grupo de barbudos que habían hecho posible lo que parecía imposible solo unos meses antes. La mayoría de ellos se convirtieron en tributarios, sin necesidad de disparar ni un solo tiro.

Cortés inició entonces una labor menos ruidosa pero más espectacular que las operaciones militares: articular política e institucionalmente un nuevo reino, a la postre de una de las mayores potencias del mundo, fundar ciudades, construir puentes, caminos, minas y dar encaje a la realidad mestiza que iba a caracterizar la Nueva España. El virreinato, cuyo legado encarna hoy México con más complejos que orgullo, alcanzó una superficie catorce veces más grande que la España actual y veintitrés veces el Imperio mexicano.

NOTAS

- ¹ Madariaga, Salvador. *Hernán Cortés* (Editorial Sudamericana, 1964).
- ² Hernán Cortés, ausente de la política española «porque en México es complicado». Edición digital diario *ABC* 14 de enero de 2019. https://www.abc.es/cultura/abci-hernan-cortes-ausente-politica-espanola-porque-mexico-complicado-201901242158_noticia.html
- ³ En su reciente obra *Una biografía para el siglo XXI* (Crítica, 2021) Esteban Mira Caballos descarta definitivamente que el de Medellín hubiera ido a la universidad, pero sí destaca su conocimiento sólido en letras y leyes.
- ⁴ Hans-Jürgen Prien. *La justificación de Hernán Cortés de su conquista de México y de la conquista española de América*. Revista complutense de historia de América, Nº 22, 1996. Páginas 11-32.
- ⁵ Fray Bernardino de Sahagún hace una amplia descripción de la ciudad en el apéndice II del libro II de su '*Historia general de las cosas de Nueva España*', en donde relata la presencia de 78 edificios solo en la plaza principal.
- ⁶ Pereyra, Carlos. *Hernán Cortés y la epopeya de Anáhuac* (Ed. América, 1906)
- ⁷ Hassig, Ross (1988). *Guerra azteca: expansión imperial y control político. Civilización de la serie de indios americanos*. Norman: University of Oklahoma Press.
- ⁸ Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Edición de Guillermo Serés, disponible en versión digital en la web de la RAE. Página 273.
- ⁹ Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad* (Cátedra, 1997). Página 233.
- ¹⁰ Díaz del Castillo, Bernal. Página 317. "Y aun algunas veces jugaba el Montezuma con Cortés al totoloque, que es un juego que ellos así le llaman, con unos bodoquillos chicos muy lisos que tenían hechos de oro"
- ¹¹ Fray Francisco de Aguilar. *Relación breve de la conquista de la Nueva España*. Texto consultado <https://www.memoriapoliticadexico.org/Textos/1Independencia/1571RBC.html>
- ¹² Diamond, Jared. *Breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años* (Debate, 1997). El estudio más actualizado del efecto de las enfermedades traídas por los conquistadores a América.
- ¹³ Tapia, Andrés. *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés marqués del Valle, en la Nueva España*. Página 586-587. Señala que la armada de Narváez constaba de 18 barcos pero que cinco encallaron antes de llegar.
- ¹⁴ Fray Bernardino de Sahagún. Libro XII de su '*Historia general de las cosas de Nueva España*'.
- ¹⁵ Díaz del Castillo, Bernal. Página 427.
- ¹⁶ Díaz del Castillo, Bernal. Página 432.
- ¹⁷ Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias* (Atlas, 1992). IV. Página 64.
- ¹⁸ No hay consenso entre los cronistas sobre el número de muertos durante la Noche Triste. Las cifras han sido extraídas del libro *Poder y Gloria: los héroes de la España imperial* (Austral, 2010), de Henry Kamen.
- ¹⁹ Díaz del Castillo, Bernal. Página 437.
- ²⁰ López de Gómara, Francisco. *Historia de la conquista de México* (Biblioteca Ayacucho, 1979). Página 209.
- ²¹ Martín Gómez, Pablo. *Hombres y armas en la conquista de México* (Almena Ediciones, 2001). Frente a la exagerada cifra de 200.000 guerreros mexicas que dan los cronistas, los historiadores modernos han rebajado la cifra a 20.000 como el número más factible de combatientes que este estado podía movilizar. Página 18.
- ²² Parker, Geoffrey. *Historia de la guerra* (Akal, 2010). En este libro coordinado por Geoffrey Parker, la historiadora Patricia Seed analiza las razones de la superioridad militar de los conquistadores sobre los pueblos indígenas. Página 141.
- ²³ Díaz del Castillo, Bernal. Página 441.
- ²⁴ Es difícil buscar el origen académico, si es que lo tuvo, de este dicho popular, pero Carlos Pereyra ya sostenía esta misma frase a principios del siglo XX.
- ²⁵ Fernando de Alva, *Ixtlilxochitl. Ally of Cortés* (El Paso, 1969). Página 23. "Y en total habría más de trescientosmil hombres".
- ²⁶ Mira Caballos, Esteban. Página 217.
- ²⁷ Mira Caballos, Esteban. Página 218.